

26º domingo del tiempo ordinario

27 de septiembre de 2026



«Hoy la liturgia nos propone la parábola evangélica de los dos hijos enviados por el padre a trabajar en su viña. De estos, uno le dice inmediatamente que sí, pero después no va; el otro, en cambio, de momento rehúsa, pero luego, arrepintiéndose, cumple el deseo paterno. Con esta parábola Jesús reafirma su predilección por los pecadores que se convierten, y nos enseña que se requiere humildad para acoger el don de la salvación. También san Pablo, en el pasaje de la carta a los Filipenses que hoy meditamos, nos exhorta a la humildad: “No hagáis nada por rivalidad, ni por vanagloria -escribe-, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismos” (Flp 2, 3). Estos son los mismos sentimientos de Cristo, que, despojándose de la gloria divina por amor a nosotros, se hizo hombre y se humilló hasta morir crucificado (cf. Flp 2, 5-8). El verbo utilizado *-ekenosen-* significa literalmente que “se vació a sí mismo”, y pone bien de relieve la humildad profunda y el amor infinito de Jesús, el Siervo humilde por excelencia».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 28 de septiembre de 2008

«La alabanza, don de Dios»

Todo lo que el ser humano le puede tributar a Dios, primero ha sido don de Dios entregado amorosamente al ser humano. Desde esta lógica se comprende el motivo de la acción de gracias que propone el prefacio común IV.

La conciencia de esta realidad, referida a la ofrenda eucarística que la Iglesia presenta al Padre, está expresada en otras oraciones de la liturgia, como, por ejemplo, en el mismísimo Canon Romano: *«te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo...»*. O en la Plegaria sobre la reconciliación II: *«te ofrecemos lo que tú nos entregaste, el sacrificio de la reconciliación perfecta»*.

En el caso de estos ejemplos, la Iglesia de Cristo, al ofrecer el sacrificio eucarístico, le manifiesta al Padre en su oración el reconocimiento humilde de la procedencia de la Víctima que ofrece: él mismo. Ya el Señor había revelado esta misma lógica en el AT, en el sacrificio de Isaac, y así lo entendió Abraham cuando le dice a su hijo: *«Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío»* (Gn 22,8).

Hasta aquí nos hemos referido al don eucarístico que Dios mismo ha proveído. Sin embargo, el prefacio se refiere a otra manera de comprender el don de Dios y que está expresado de la siguiente manera: *«tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias»*. El prefacio comienza aludiendo a un hecho lógico: Dios no necesita nuestra oración de alabanza, él es todopoderoso y autónomo en sí mismo. De esta afirmación el texto parte para expresar que el Padre nos pide dar gracias para nuestro beneficio con miras a la salvación.

«Me honra quien sacrifica dándome gracias, al que es recto le haré ver la salvación de Dios» (Sal 50,23). El Señor nos ha revelado que la acción de gracias que le podemos ofrecer está asociada a la salvación que él mismo nos quiere donar. En realidad, Dios no puede negarse a sí mismo, es decir, no puede dejar de darnos todos los bienes, impulsado por su amor misericordioso e ilimitado y lo que nosotros desde nuestra pequeñez le queremos tributar se vuelve a favor nuestro.

En definitiva, según la intuición de san Agustín, Dios nos hizo para sí y la verdadera acción de gracias no es otra que nuestra vida orientada y ofrecida a Dios como sacrificio espiritual. Y estaremos inquietos hasta que no descansemos en él.

La respuesta eficaz de las obras es la que vale

De los arrepentidos, dice el refrán, es el reino de los cielos. Los publicanos y las prostitutas, dice Jesús, os llevarán la delantera en el camino del Reino de Dios. Así, con esas palabras tan singulares, plantea el Señor a sumos sacerdotes y ancianos del pueblo la paradoja de su autoexclusión del reino por creerse justos y no emprender el camino de la conversión. Ellos que eran la flor y nata del pueblo de Israel, los representantes de la legalidad y de la piedad. Jesús los quiere sacar de su dureza de corazón. Y lo hace con una alusión que les tendría que avergonzar y provocar su arrepentimiento. Una alusión que no pueden menos que aceptar en toda su cruda verdad. En efecto, la predicación de Juan el Bautista fue para ellos vana. No les sirvieron ni sus palabras de fuego ni las terribles alusiones a su hipocresía. Mientras ellos se quedaban a distancia recriminando al Bautista, llegaban en tropel hasta el vado del Jordán publicanos y prostitutas que, arrepentidos, lloraban sus pecados y los sumergían en el bautismo de la conversión. Ellos, tan tranquilos, habían dejado pasar la borrasca de aquellas palabras y ahora estaban de nuevo en pugna con Jesús.

Mucha dialéctica, pero poca conversión. Mucho repetir oraciones en el templo, pero poca sensibilidad para escuchar la voz de los profetas y del profeta por excelencia, Jesús. Mucho repetir con acento ceremonioso el Shemá Israel, «Escucha Israel», pero se hacían sordos como tapias cuando el Señor les hablaba y los llamaba a cambiar de mentalidad y de vida. En cambio, los otros eran dóciles a la palabra, Jesús les hacía sentir su pecado y les llegaba hasta el corazón la palabra de la vida. Y los cambiaba. Y se ponían en el camino del Reino, llevando la delantera a los que se creían jefes del tropel del pueblo de Yahvé.

Se lo dice también con una parábola, por si no lo han querido entender. Pasa con ellos lo que cuenta con esa nueva parábola del Reino. Como ese hijo contestatario que le hace un desplante al padre que lo invita a trabajar en su viña, pero después se arrepiente y va. Una negativa de palabras y una afirmación concreta con obras. Precisamente al revés de lo que hace el otro hermano, que de primeras dice que sí, como si fuera normal para él obedecer al padre, pero en realidad va a la suya y no obedece. A juzgar por las apariencias el primer hijo es un contestatario y un respondón, y sin embargo es el que hace en definitiva la voluntad del padre. El segundo parece el bueno de la casa, pero sólo de palique y no de obras.

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 172-174.

El retrato que Jesús había trazado era perfecto, y si no lo entendieron los acostumbrados a decir que sí con sus rezos y a desobedecer con sus obras, fue porque no quisieron, que bien claro estaba. Y es ésta la paradoja de la vida cristiana que requiere vigilancia y lealtad. También hoy nos ayuda a confrontarnos con su enseñanza fundamental. Hay en el mundo de las conversiones palabras eficaces que confirman la verdad de esta parábola. Pensemos en el libertino Carlos de Foucauld, ganado a un ferviente amor por Cristo; o a Silvano del Monte Athos, ese otro pecador de juventud que se convierte y llega a las cimas de la santidad monástica.

Todos podemos tener la impresión de la exactitud de las palabras de Jesús. Estamos quizá sirviendo al Señor toda la vida, pero con tal tibieza y desgana que pensamos y decimos, como el hijo de la parábola, que estamos sirviendo al Señor, pero en realidad seguimos haciendo nuestra voluntad, sin un verdadero movimiento de renovación espiritual y cambio. Y vemos otros que despreciábamos como pecadores que nos van tomando la delantera, por la fuerza de una conversión, por el fervor de una gracia especial, por la participación en una nueva experiencia espiritual en la Iglesia. A otro nivel, pero de verdad somos como ese primer hijo de la parábola. Y el Señor pone el dedo en la llaga. Lo que interesa es hacer la voluntad del Padre. Y si dice que los publicanos y prostitutas nos llevarán la delantera es para que no juzguemos a nadie y para que nos pongamos en camino de conversión, que tampoco ellos y ellas se salvan sin verdadero arrepentimiento.

El modelo del hijo fiel, en realidad es Él. Hoy la Iglesia proclama una vez más esas palabras de Pablo en la carta a los Filipenses que son el himno a la obediencia del Hijo, ese compendio de la fe cristiana hecha canto de alabanza al misterio de la encarnación, de la pasión y muerte, de la glorificación de Cristo: «Cristo a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios ...». Una confesión de fe en la que se nos presenta la obediencia filial y amorosa de Cristo en todas las etapas de su misterio salvador. Él es el hijo obediente. Él es el hijo humillado hasta la muerte de cruz, exaltado hasta la glorificación para que su nombre sea bendecido a gloria de Dios Padre. Y Pablo nos lo presenta para que confesándolo con nuestros labios tengamos los mismos sentimientos de Cristo Jesús, vivamos una vida como la suya. Y en dimensión de conversión comunitaria, de amor compasivo y de búsqueda de la unidad de los corazones. Para caminar juntos hacia el Padre con un sí hecho de sumisión amorosa en las obras y de agradecimiento filial.

Comentario a las lecturas bíblicas²

Ezequiel 18,25-28 – *«Cuando el malvado se convierta de su maldad salvará su vida»*

Ezequiel, profeta y sacerdote, ejerce la función de la enseñanza, interpretación y aplicación de la Ley, propia del sacerdocio. En momento crítico por el destierro, sale al paso de la creencia popular de que el desastre es una fatalidad inevitable por culpas de antepasados. Con ello rompe con la doctrina tradicional de la solidaridad en la fortuna y la desgracia, ya denunciada en Dt 24,16. Para Dios cuenta la actitud del individuo ante el bien y el mal: actitud adoptada con criterio firme y consciente (la debilidad no rompe la tendencia hacia el bien). Conversión y perversión conscientes anulan el pasado; pero el texto apunta a la conversión: Dios no quiere la muerte, sino la vida (v. 32): si es justo castigando al pervertido, uniere serlo, sobre todo, salvando al convertido (justicia salvífica). La conversión es hacerse un corazón nuevo y un espíritu nuevo: «justicia» proclamada y no vivida con humildad no vale: la actitud humilde y actual del más «pecador» la suplanta (MI 21, 28-32). Aunque Ezequiel se refiere ante todo a la retribución terrena, su texto abre las grandes perspectivas de la retribución futura.

Filipenses 2,1-11 – *«Tengan entre ustedes los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús»*

Pablo conjura cariñosamente a los filipenses a no romper la unión y el amor fraterno. El modelo de su amor debe, ser Cristo: que no buscó su propio interés, sino el de los demás. Y para comentar esta idea trae un himno primitivo que desentraña el misterio de la Encarnación: Preexistencia divina de Cristo, su anonadamiento y muerte en Cruz en servicio como un esclavo de los hombres; y exaltación universal: toda la creación lo proclama «Señor», título equivalente al «Yahvéh» del Antiguo Testamento; por tanto, afirmación clara de su divinidad.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 290-292.

26º domingo del tiempo ordinario

27 de septiembre de 2026

*«Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera
en el camino del Reino de Dios»*



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: entremos con gozo a la casa del Señor para celebrar esta Eucaristía, reconociendo su presencia salvadora. En este domingo el mismo Cristo nos llama a confiar en su palabra para avanzar con firmeza en el camino del Reino de Dios. Participemos vivamente de esta acción sagrada.

Liturgia de la Palabra

Cuando Dios nos habla, él espera que lo escuchemos, que creamos en su palabra y que obedezcamos sus enseñanzas. Pongamos mucha atención a las lecturas bíblicas de este domingo para que imitemos la obediencia de Cristo.

Presentación de los dones

Ofrecemos al Padre el pan y el vino, presentados desde nuestra humildad: así como la sencillez de estos dones se transforma en grandeza incalculable, la pequeñez de nuestra vida es glorificada por Cristo.

Comunión

Comulgar significa decirle sí a Cristo. Al recibir este sacramento pidamos al Padre que nos regale la perseverancia necesaria para mantenernos firmes en este “sí”. De esta manera debemos responder a Dios todos los días.

26º domingo del tiempo ordinario

27 de septiembre de 2026

*«Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera
en el camino del Reino de Dios»*



Oración universal

Habiendo escuchado la palabra divina, oremos, hermanos, a Dios, nuestro Padre, para que reciba las oraciones de los que nos reunimos en su nombre. Digamos juntos:

R/. Padre santo, escucha nuestras plegarias

- † Roguemos al Señor por la Iglesia. Que todos los bautizados tomemos en serio la misión de evangelizar y demos testimonio de la alegría de Cristo para que el mundo crea.
- † Roguemos al Señor por los gobernantes. Que, guiados por el Espíritu Santo, dirijan los destinos de los pueblos bajo los principios de la caridad, la solidaridad y el bien común.
- † Roguemos al Señor por los padres de familia. Que sepan acompañar y orientar a sus hijos en el camino de la fe para que las nuevas generaciones aprendan a cumplir la voluntad de Dios.
- † Roguemos al Señor por los que sufren para que sean reconfortados y sostenidos por el amor providente de Dios.
- † Roguemos al Señor por nosotros aquí reunidos, para que, fortalecidos por la gracia, seamos capaces de obedecer al Señor en medio de las contradicciones que nos presenta el mundo.

Padre de bondad y Dios de todo consuelo,
que tanto amaste al mundo
que le diste a tu Hijo Unigénito,
muéstranos tu misericordia y danos tu salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.